

DIOS SE ABAJA PARA ENSALZARNOS

(Navidad, Misa del día, Catedral Metropolitana de Badajoz, 25 de diciembre 2025)

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (*Jn 1, 14*). No sé por qué cuando me encuentro volando me siento más cerca de Dios. Las razones pueden ser varias. Tal vez porque desde niño me han dicho que Dios está en el cielo, y a éste me enseñaron a situarlo más allá de las nubes. Tal vez porque todas las religiones, incluida la veterotestamentaria, siempre han situado la habitación de la divinidad en lo alto de las montañas. O tal vez por una deformación teológica que me lleva a pensar que somos nosotros quienes nos acercamos a Dios y para ello hay que subir. Lo cierto es que la Navidad nos dice lo contrario. Dios no solo no está más allá, sino que está también aquí, en medio de nosotros. Por otra parte, no somos nosotros a tomar la iniciativa para ir a Dios. Es Dios quien toma la iniciativa de acercarse al hombre; es Dios quien se abaja a la altura del hombre.

El misterio de la encarnación es precisamente eso: abajamiento, *kenosis*. En Navidad Dios se abaja para exaltar al hombre. En Navidad Dios sale de sí mismo y viene a nuestro encuentro para comunicarnos sus dones. En Navidad Dios rompe el silencio y nos habla: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (*Hb 1, 1-2*).

Sí, en Navidad Dios toma la palabra y “se hace oír hasta el confín de la tierra” (*Is 62, 11*). El *Padre de las misericordias* toma la iniciativa y se nos revela en su identidad más profunda. Es esta la afirmación que atraviesa toda la Escritura, el mensaje central de la Navidad. Finalmente, “al cumplirse la plenitud de los tiempos” (*Gal 4, 4*), Dios decide levantar el velo que cubría su rostro y se nos manifiesta en la persona de su Hijo: “... irradiación de la potencia de Dios e impronta de su gloria, que sostiene todo con la potencia de su Palabra” (*Heb 1, 2-3*). Parfraseando cuanto el autor del *Deuteronomio* pone en boca de Moisés, hablando de la revelación de Dios en el Sinaí, bien podemos decir: “Interroga los tiempos antiguos que fueron antes de ti. Desde que Dios creó el hombre, ¿ha habido una cosa grande como esta, se oyó algo parecido, qué Dios nos haya hablado por medio de su Hijo?” (cf. *Dt 4, 32-33*).

“A Dios ninguno lo ha visto jamás, pero el Hijo unigénito nos lo ha contado” (*Jn 1, 18*). En la plenitud de los tiempos, la historia del comunicarse de Dios encuentra su culmen en el Hijo que planta su tienda entre nosotros, se hace uno de nosotros y viene a habitar definitivamente entre nosotros (cf. *Jn 1, 14*). La Palabra, que “estaba junto a Dios y era Dios” (cf. *Jn 1, 1*), naciendo de mujer (cf. *Gal 4, 4*) es el Evangelio, la Buena Noticia de Dios a la humanidad.

¡Grande y maravilloso el misterio que hoy celebramos mis queridos hermanos y hermanas! El hombre ya no tiene que subir para encontrarse con Dios. Dios ha bajado para encontrarse con nosotros: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (*Is 9, 5*). Ya no estamos solos. Ya no se nos podrá llamar abandonados ni a nuestra tierra devastada (cf. *Is 62, 4*). Ya no caminamos en las tinieblas, pues una luz nos brilló (cf. *Is 9, 1ss*). Hemos sido “bendecidos con toda clase de bienes” (*Ef 1, 3*), pues se nos ha dado al que es *Todo: el bien, el sumo bien, todo el bien, la riqueza a saciedad* (San Francisco, *AID 3-4*). En el Hijo “ha aparecido

la gracia de Dios, su bondad y su amor” (cf. *Tit* 3, 4). Él “trae la salvación para todos los hombres” (*Tit* 2, 11). El grito de los profetas y de cuántos esperaban este día ha sido escuchado. Definitivamente la humanidad es amada por Dios. Cantemos al Señor un canto nuevo, cantemos al Señor, bendigamos su nombre (cf. *Sal* 95ss). Alegrémonos, pues, en este día hecho para nosotros por el Señor (cf. *Sal* 127, 24). Rompamos a cantar a coro (cf. *Is* 52, 9). Sea esta noche una noche inundada de gozo y alegría: “Un niño nos ha nacido. Un hijo se nos ha dado” (*Is* 9, 1). ¡Qué hermosa y consoladora esta buena noticia! ¡Qué hermosos serán nuestros pies si anunciamos este Evangelio a cuantos nos rodean! (cf. *Is* 52, 7).

Y contemplando este misterio de amor, al ver un Dios hecho niño y reclinado en un pesebre, ¡quién no se llena de ternura y compasión! Viéndose tan amado, ¡quién no se mueve a amar a Dios y a los demás! Sintiéndose acariciado por la mano del *Altísimo, Omnipotente y Buen Señor* que se hace niño, ¡quién no tenderá su mano al otro, particularmente al necesitado. Contemplando el don de Dios en el Hijo ¡quién se resistirá a vivir desde la lógica del don!

Solo quien tiene un corazón pequeño y raquítico puede resistirse a tal gesto de amor. Solo quien está encorvado egoístamente sobre sí mismo, dejará de inclinarse sobre quien necesita de su cercanía. Solo quien está lleno de sí mismo, no puede escuchar la Palabra que nos cuenta Dios. En cambio los *anawin*, los pobres del Señor, como María, como José, como Francisco, como los pastores, esos son los que saben saborear el derroche de amor de Dios por la humanidad manifestado en la encarnación del Hijo. Son esos los únicos que pueden extasiarse, como hizo el *Poverello* la noche de Navidad del 1223 en Greccio, ante el recién nacido y ver más allá de las apariencias. Son esos, en fin, los únicos que pueden hacerse menores con los menores de la tierra, pequeños con los pequeños, pobres con los pobres.

Siempre me ha impresionado que para entrar en la Basílica que guarda celosamente el tesoro de la Gruta de la Natividad, en Belén, hay que inclinarse, abajarse. A mí personalmente cuando atravieso esa puerta –y lo hecho muchísimas veces y espero seguir haciéndolo muchas otras-, me recuerda que para encontrarse con Cristo es necesario hacerse pequeño. Los grandes, o mejor aún, los que se consideran grandes, nunca entenderán el misterio escandaloso de la encarnación.

Mis queridos hermanos y hermanas: En esta Navidad nuestro recuerdo va a cuantos no celebrarán Navidad: a aquellos que no tienen techo, y duermen bajo nuestros soportales o en nuestras estaciones; a quienes, a causa de la crisis que estamos viviendo, tienen dificultad para llegar a final de mes; a los tristes por la desaparición de un ser querido. En este contexto, ¡cómo no pensar a los habitantes de Gaza, Ucrania y y tantos lugares de la tierra donde falta lo esencial para llevar una vida digna y donde se oyen gritos de guerra! ¡Cómo dejar de pensar a todas las víctimas del terrorismo o de cualquier tipo de violencia, como puede ser a todas aquellas personas que padecen violencia de género!

Hermanos y Hermanas: Celebrar la Navidad es “derretirse”, “extasiarse”, “escupirse”, como un niño, ante el amor de un Dios que se hace niño, como hizo Francisco de Asís en Greccio. Celebrar la Navidad es entrar en el misterio de amor de Dios por la humanidad y reconocer que “el amor no es amado”, como gritaba el *Poverello* en las profundidades del bosque del monte Alvernia, porque “Dios es el nunca bastante” y por mucho que hagamos por él nunca haremos lo suficiente. Celebrar la Navidad es permitir que este misterio nos envuelva, de tal modo que uno ya no pueda vivir sino amando, gratuitamente y sin medida,

como él nos amó (1Jn 4,10). Celebrar la Navidad es anunciar a todos que en el Hijo hemos sido bendecidos, acariciados, besados por Dios.

Señor:

- Danos corazón disponible, como el de María, para acogerte en tu abajamiento.
- Danos corazón agradecido, como el de María, para cantar tu misericordia para con nosotros.
- Danos corazón de pobre, como el de Francisco, deseoso de llenarse de ti.
- Danos corazón de niño, como el del *Poverello*, capaz de compadecerse hasta las lágrimas, ante la contemplación del misterio de la encarnación.
- Danos corazón sencillo, como el de los pastores, para saber ver más allá de las apariencias.
- Danos corazón de sabios, como el de los Magos, para saber descubrirte en los “signos de los tiempos”.

Altísimo, omnipotente y buen Señor, por intercesión de María, virgen hecha Iglesia, y de san José, despierta nuestros corazones dormidos, cansados y rutinarios como despertaste el corazón de muchos aquella noche de 1223 en Greccio, y haz que podamos, llenos de alegría por lo que contemplamos con los ojos del corazón, anunciarte a los demás, para que también ellos corran y proclamen: HOY NOS HA NACIDO EL SALVADOR. VENID A ADORALO. Fiat, fiat, amen, amen.

En compañía de María, José, Francisco y Clara, a todos, amados/as de Dios, os deseo UNA SANTA Y FELIZ NAVIDAD.